¡Que viva Changó!

Toques de son colorá
ADELAIDA FERNÁNDEZ OCHOA
Seix Barral, Bogotá, 2020, 282 pp.

LA CALEÑA Adelaida Fernández Ochoa, autora de *A fuera crece un mundo* –obra que la hizo ganadora del Premio Casa de las Américas 2015, entre otros importantes reconocimientos–, le apuesta en su última novela, *Toques de son colorá*, a un texto muy especial (por no decir especializado). Un lugar donde confluyen lo divino y lo mundano a través de la música, y una bellísima e intimista exposición de la época dorada de la salsa en Cali, mediante la historia de un grupo muy diverso de bailarines y melómanos cuyas vidas giran en torno al magnético personaje de Rosa. Maribelén, la narradora, presenta de manera emotiva, aunque balanceada, un relato que abarca muchos temas, si bien se ubica en la amistad como valor principal a través del cual proyecta el resto de situaciones, desarrolladas con la cadencia característica de cada personaje.

En primer lugar, es importante exaltar la maestría en el desarrollo de la estructura narrativa y en la prosa generosa que esta autora nos ofrece. Estamos frente al resultado de una práctica incansable, en consonancia con la del baile y la música, pues nos encontramos con ritmos, voces y movimientos a toda velocidad que en ningún momento se salen de su eje. En una arriesgada apuesta por largos bloques de texto, Fernández demuestra con total desenvoltura que conoce muy bien sus herramientas de escritura, lo cual le da la posibilidad de jugar con ellas a gusto. Este fragmento define muy bien su propuesta narrativa: "El disco de treinta y tres revoluciones por minuto sonando a cuarenta y cinco definió nuestros pasos, aprendiendo a marcar las notas en puntas y saltos fuimos inventando el estilo que nos distingue, la velocidad la imprimimos nosotros" (p. 196).

Asimismo, la construcción de los personajes a partir del diálogo, y de descripciones basadas en metáforas y símiles muy apropiados, resulta enternecedora e íntima, pero además permite una lectura de esas que estimulan la mente e invitan a imaginar cada personaje. De esta manera, a medida que se avanza en la trama, se completa un cuadro vibrante donde Fernández no escatima en dar materia prima a la creatividad de sus lectores. El trabajo de los diálogos, su musicalidad y ritmo, así como la inclusión muy bien pensada de las letras musicales (con una discografía por orden de aparición, cuidadosamente elaborada al final del libro, a modo de apéndice), entre otros detalles, hacen de esta una gran obra no solo en la construcción, sino también en lo estético. En suma, se trata de una novela con una arquitectura sencillamente impecable.

Ahora bien, cuando nos encontramos con un libro de estas características, una novela rebosante de detalles sonoros, visuales y estéticos, pensaríamos que las apuestas de carácter político y social son bajas, y que la autora se concentra en el aspecto cultural. Sin embargo, *Toques de son colorá*, cuyo título hace alusión a una canción de la Orquesta La Conspiración –como lo detectarán fácilmente los lectores más informados en cuestiones musicales–, desde el título hasta el punto final es también una apuesta política. Basta con revisar la letra de la canción en mención para comprenderlo.

Así, la elección de la salsa, como vehículo para desarrollar la trama y como hito histórico y cultural de Cali, resulta ser todo menos una coincidencia o un producto del azar:

> Este género musical, por el origen y la imbricación de los elementos, tiene la capacidad de derivar hacia todos los seres humanos, se sintoniza con factores de identidad, transita por las contingencias de la vida, el devenir de grupos sociales, el trabajador, el campesino, el migrante, el marginal; a menudo recala en el bajo mundo. (p. 248)

Igualmente, el grupo de personajes centrales se define no solo por su diversidad, sino también por las múltiples desgracias y violencias que los atraviesan y no nos sorprenden por el contexto de la historia: clasismo, racismo, narcotráfico, violencia de género, migración ilegal, burundanga... todas ellas aún vigentes en nuestra sociedad. Y es que, en esta aguda novela, su autora ni siquiera pasa por alto la academia y sus visiones asistencialistas sobre la salsa como fenómeno cultural.

Por ello, aunque a primera vista parecería que esta historia no va más allá del goce por el goce y la rumba excesiva retratada en 1977 en ¡Que viva la música!, aquí nos encontramos con una contraparte que hacía falta en la literatura colombiana: al desclasamiento caprichoso y la mirada blanca del exotismo se antepone la encarnación de lo popular, la verdadera esencia de Cali, la celebración de la muerte tanto como de la vida, y la imbricación de lo sagrado y lo profano.

> Porque las composiciones giran en torno a una ideología en la que imperan el amor y la identidad, dentro de un sistema de relaciones en las que el goce se plantea como salida del sufrimiento, el goce por el goce está descartado en la salsa, cierto es que muchos temas lo proclaman, "Un verano en Nueva York" lo tiene como eje, sin embargo este tema exalta el goce, pero al estilo borinqueño, porque se trata de las fiestas de un grupo social que tiene como antecedente ser migrante y latinoamericano. (p. 252)

En suma, desde la mirada femenina de la autora —a través de la voz de su narradora—, quien no por concentrarse en la música deja de lado las preocupaciones estéticas y sociales que han caracterizado su obra desde el principio hasta la actualidad, *Toques de son colorá* es un aporte auténtico e invaluable a la historiografía de la salsa, así como a la literatura colombiana. Quien atiende al llamado de esta lectura atiende al llamado del mismísimo Changó que nos da la bienvenida en sus primeras páginas. Este libro es una experiencia estética que se cuela por los ojos y se extiende por el resto del cuerpo, pues a estas páginas las acompaña el ritmo ineludible de quien conoce de primera mano la historia de aquellos que, con su propia carne, han convertido a Cali en un patrimonio cultural: desde la fabricación artesanal de los trajes hasta la construcción de elaboradas coreografías y, por supuesto, la conformación de las escuelas de baile. Historias como esta no solo se cuentan y se leen, sino que se bailan de la primera a la última página.

Lina Rojas Camargo